Engranajes

Antes de comenzar, quiero agradecer a Osvaldo, mi enfermero, que amablemente se ha tomado el trabajo de mecanografiar en su destartalada Olivetti, lo que a continuación relataré.

Los avatares que se habían venido desarrollando a lo largo de mi existencia, no habían sido de los más inusuales como para pretender llevarlos a la literatura, a modo de novela autobiográfica, o al cine. No. Rotundo y conciso. Mi vida, hasta las cuarenta y dos años, había sido de lo más rutinaria (salvo por mi peso, que variaba constantemente de manera ascendente, hasta llegar a mis actuales ciento sesenta y siete kilogramos). Incluso, hasta los más diversos y tormentosos apodos, colocados continuamente desde mi infancia, ya gozaban de la rutina antes comentada. Más de una vez, con el hartazgo harto, llegué al punto de preguntarme que era realmente lo que me molestaba, si el fofo sobrenombre en sí, o el hecho puntual de la repetición, de la reiteración constante, en que la novedad parecía mala palabra en quienes se tomaban el trabajo de colocarlos.

Vale destacar, que los apodos no sólo fueron patrimonio de mi infancia y adolescencia, sino que en mi lugar de trabajo (una empresa de venta telefónica), también se hicieron comunes. Aunque tampoco variaron.

En casa, era totalmente distinto. No sólo porque la rutina fuera inexistente en el abundante menú diario (era raro que una comida se repitiera dos veces en el mes), sino por que mi madre, la única mujer a la que le había tocado, por pedido de ella, sus senos desnudos para corroborar sobre una posible dureza cancerígena, era la única que por años me había llamado Alberto. Un nombre, que a no ser por ella, y por mi voz al presentarme a través del intercomunicador a un cliente, estaba prácticamente nuevo, casi sin uso.

A pesar de sus años y sus numerosas operaciones de cadera, mi madre seguía cocinando verdaderos manjares, que a la distancia, con sólo imaginarlos me llevaban a una profunda salivación, poniendo brillantes las comisuras. Y ni hablar, si la imaginación se fortalecía aún más, como cuando ingresaba al living de casa, y el aroma serpenteante de alguna salsa, proveniente de la amplia cocina, le informaba a la languidez que su existencia tenía los minutos contados.

Hasta aquí, más allá de los variados y abultados banquetes que solía engullir opíparamente, lo expuesto se repetía una y otra vez, día tras día, noche tras noche. Pero, no recuerdo muy bien el día, en que al regresar del trabajo a la hora del almuerzo, en el perchero del living, había prolijamente colgado un sobretodo negro, que obviamente no me pertenecía; de lo contrario mi sorpresa no sería tal, y no hubiera decidido llevar a cabo este relato.

Mi sentido del olfato hizo caso omiso de lo que se estuviera cocinando. Al ingresar en la cocina, sentado en la cabecera de la rectangular mesa de algarrobo, el viejo Cáceres fumaba parsimoniosamente un puro; mientras que mi madre, de espaldas a los dos, picaba cebollas. Por lo visto, luego de varios años, teníamos un invitado a comer.

El viejo Cáceres, que para el resto del barrio, incluida mi madre, era Don Cáceres, fue el primero en el barrio en generar la burla hacia mi sobrepeso. Tenía una verdulería a media cuadra de casa. Al fondo de la misma, flanqueada de bolsas de papa, había una vieja y oxidada báscula, en la cual, en más de una ocasión (siendo yo un niño que apenas sabía atar los cordones de mis zapatillas mediante nudos ciegos), al ir con mi madre a realizar las compras diarias de frutas y verduras, me pesaba en la báscula para luego decir a viva voce, que estaba más pesado que cualquiera de las bolsas de papa que en su comercio se amontonaban por doquier. Siempre espere que mi madre le dijera algo, o sencillamente que no fuéramos más, pero ella sólo atinaba a acariciarme la cabeza y echar una leve sonrisa al

viejo, y al resto de la clientela que se reía por lo bajo. Luego, con el tiempo, supe por comentarios que reptaban sobre las veredas y paredes del barrio, que el viejo no sólo le obsequiaba todo lo que mi madre llevaba de su verdulería, sino que entre ellos había algo.

Que mi madre saliera con alguien, no me molestaba en lo más mínimo, todo lo contrario. ¡Pero habiendo tantos mortales machos en este mundo, su candidato, justo tenía que ser el viejo Cáceres!.

El almuerzo, a no ser por las anécdotas banales (incluida la de mi pesaje en la báscula) que el desgarbado viejo comenzó a conmemorar ante la atenta mirada de mi madre, hubiera sido de lo más normal.

Con el correr de las semanas, la ausencia de un invitado a comer, paulatinamente comenzó a tornarse intermitente, hasta llegar al punto en que el apolillado abrigo del viejo colgado en el perchero del living de casa, dejó de sorprenderme.

Si antes deseaba que la jornada laboral terminase cuanto antes, ahora, sencillamente era todo lo contrario. Hacía tiempo como cuando debía ir a alguno de los tantos nutricionistas (recomendados insistentemente por mamá), y la recurrencia a hacer cualquier cosa (que luego le indicase a mi conciencia que no había cometido ninguna falta por no asistir), para que los segundos y los minutos se amontonaran, logrando que mi turno, una vez más se perdiera.

Así como me acostumbré a los apodos y al rostro marmóreo del viejo en la mesa, tuve que hacer lo mismo con el horario del almuerzo. Mi madre ya no tenía la comida lista a las doce y treinta en punto, que era cuando yo llegaba. Ahora lo estaba a partir de la una y media, que era cuando el viejo cerraba la verdulería.

Más allá de todo lo acontecido desde la llegada del verdulero, el verdadero meollo fue cuando éste, con un tono lastimero en su voz (que intuí sumamente teatralizado), dio la

noticia que su corazón no andaba para nada bien, y que su médico, no sólo le había recomendado que dejara de fumar, sino también una estricta dieta de comidas.

Nunca vi a mi madre ponerse de la forma en que lo hizo aquel mediodía. Sus ojos se le llenaron de lágrimas, dejó caer estrepitosamente los cubiertos sobre el plato, y se aferró fuertemente a las esqueléticas manos del viejo. Ni siquiera se puso así como cuando un automóvil me llevó por delante, y casi pierdo la vida.

Al día siguiente, aparte de encontrarme con que el viejo se había mudado a casa, el aroma de calóricas comidas se había desvanecido. Hijo, debemos ayudar a José Luis (mi madre ya lo tuteaba), fue la única explicación que me dio ella, cuando lo que en la mesa se presentaba era una ensalada de lechuga, y un par de delgadísimas milanesas de soja.

Mi capacidad de acostumbramiento había tocado fondo. Podía dejar pasar que el viejo decidiera que mirar en la televisión mientras hacíamos la sobremesa, o que más de una vez regañara a mi madre porque el peceto estaba demasiado cocido, o que el tuco de los tallarines estaba muy picante. Pero aquello era demasiado. Más de una vez se lo planteé a mi madre, mientras el viejo dormía la siesta. Pero ésta, nuevamente me salía con que debíamos ser buenos, que debíamos ayudarlo, que su única familia éramos nosotros.

Realmente, nunca creí llegar al punto de desconocer a mi madre. Estaba como hechizada. El viejo sin pronunciar palabras, sirviéndose únicamente de leves miradas o arqueos de ceja, la dirigía a diestra y siniestra. Un Rasputín contemporáneo. A lo que por las noches, sin quitarle la vista al blanquecino techo de mi cuarto, las conjeturas me visitaban. Quizás, me decía ensimismado en el insomnio, si hubiera actuado de otra forma, si no hubiera dejado que las cosas llegaran a este punto, los interrogantes acerca del accionar de mi madre, no se hubieran hecho presentes como ahora. Aunque el tarde es hermano siamés del darse cuenta.

Decidí dejar pasar una semana, y ver que actitud tomaba mi madre. Pero no fue necesaria una semana, sino que en el mismo día, en que me había planteado aquella decisión, mientras cenábamos, el viejo que se había quedado con hambre, se sirvió la última berenjena con queso que me correspondía. Se lo hice saber cordialmente, pero sólo lanzó un gruñido, que mi madre tradujo como que lo perdonara, que otra vez no iba a pasar. Precipitadamente, los pensamientos de la noche anterior se hicieron presentes. Dije que no, y acto seguido quité la berenjena del plato del viejo. Sus ojos se inyectaron de furia. Golpeó fuertemente la mesa con el puño cerrado, y con un estridente hijo de puta, arremetió con una de sus huesudas manos para hacerse nuevamente con el botín gastronómico. En el preciso momento en que sus dedos invadían desvergonzadamente mi plato, el estremecimiento de sus huesos se transportó a los míos de inmediato. Alzó su delgada mano temblorosa, y pude ver lo poco, que a los agudos dientes del tenedor les había faltado para traspasarla. Los gestos propios de un desaforado grito de dolor se acumulaban en su rostro, pero lo único que lograba escuchar era un galope de lo más grave encima de mis tímpanos. Mientras que mi madre sólo atinaba a ser una bizarra representación de la gran obra pictórica de Munch.

Pese a estar herido, el viejo quiso acuchillarme. Sus ojos se abrieron más de la cuenta, dejó caer el cuchillo, y con la mano, que aún tenía el tenedor clavado, se tomó con fuerza el pecho, ensangrentando su camisa celeste. Mi madre, abandonando su estado, se abalanzó a sostener al viejo que súbitamente se desplomaba.

Cuando se alega que yo asesiné al viejo Cáceres, de forma irrebatible se cae en un error. Más allá, del rechazo que el anciano me generaba, y de haberlo pensado varias veces, creo que nunca hubiera llegado a tal punto, sin dejar de lado el hecho de haber herido su mano

de la forma en que lo hice. Si los forenses lo hubieran podido corroborar, de inmediato hubieran dado cuenta de que la verdadera causa de su fatídico deceso fue un infarto.

Ahora bien, en lo que respecta a la muerte de mi madre, asumo total responsabilidad. Ella no sufría del corazón como el viejo, aunque si al relato le quisiera dar tintes de romántico, bien podría decir que su corazón se había quebrantado ante la trágica muerte de su compañero. Pero pensándolo mejor, creo que algo de eso hubo, de lo contrario no me hubiera gritado gran parte de los apodos que se me habían venido diciendo desde mi niñez. Como ustedes ya saben, las burlas me tenían sin cuidado. Pero el hecho de que por primera vez en mi vida, salieran de la boca de mi madre, era un incidente que para nada podía pasar desapercibido.

Recuerdo que cuando ella chillaba con la voz quebrada por el llanto, mientras sostenía junto su pecho el cuerpo sin vida del viejo, una enorme gelidez se enquistó en mi cuerpo, y acto seguido, mirándola fijo a sus acuosos ojos verdes que resaltaban en su desencajado rostro, con una violenta trompada a la altura de la sien la dejé inconsciente.

Pese a que simple vista parecía ser de lo más liviano, el cuerpo del viejo me dio más trabajo de lo que pensaba al recostarlo boca arriba sobre la mesa de la cocina. Por otra parte, a mi madre la amarré fuertemente sobre una silla, en dirección a la mesa. Aprovechando que el cadáver aún no estaba rígido, lo desnude, y acomodé sus brazos en cruz. Del profundo primer cajón del bajo mesada extraje un gran cuchillo de cabo blanco de plástico, como el que suelen usar los carniceros, y acto seguido comencé a sacarle filo con otro cuchillo más pequeño. El constante chillido del ir y venir de las resplandecientes hojas de aluminio, sacó del sopor a mi madre. Quiso levantarse, pero le fue imposible. Comenzó a llorar, y sus porqué entre medio de gritos, me obligaron a amordazarla, previo a esquivar sus violentos tarascones. No musité ni la más mínima palabra. Mi adrenalina era tal, que parecía no

encontrar ningún recoveco nuevo por ocupar en mi voluminoso cuerpo. La ansiedad hacía cosquillas en las venas, y cuando eso sucedía, un extremo temblor se apoderaba de mi estómago, mientras que una ácida saliva se conformaba en mi boca.

Una vez que constaté que el filo del cuchillo era el adecuado, con un profundo corte, abrí al viejo Cáceres desde el bajo vientre hasta la altura del cuello. A borbotones, era lo indicado para caracterizar la manera en que la sangre fluía. Extraje cuidadosamente órgano por órgano, para colocarlos en las pintorescas vajillas del preciado juego de porcelana china de mi madre. El temblequeo de las patas de la silla sobre el piso, producido por la desesperación de mamá, me llevó a darle otro golpe en la sien, devolviéndola a su estado anterior.

El cuchillo ya no era suficiente, por lo que con la ayuda de una pesada masa, con certeros golpes trituré las articulaciones del cadáver. Y con un serrucho un tanto desdentado, seccione con algo de dificultad: cabeza, brazos y piernas, que luego de embolsarlas, guardé en el freezer.

Ahora que lo pienso bien, creo que lo más conveniente hubiera sido filmar; y no es por que gustara del cine “snuff”, sino porque, más allá de todas las descripciones que pueda llegar a realizar, creo, a mi humilde entender, que no sería lo suficiente como para llegar a describir (ni siquiera un ápice) la expresión de terror en el rostro de mi madre, que al volver en si, la primer imagen que tiene, es la de su hijo comiendo el hígado y el corazón de su difunto novio.

Esta vez, el temblequeo de la silla era como el castañeteo incesante de dientes en invierno. Gruesas gotas de sudor se mezclaban con sus lágrimas, siendo absorbidas hasta el cansancio por mi pañuelo marrón que servía de mordaza.

Estaba más que exquisito, para que os voy a mentirles, si esa es la más pura y sincera verdad que en mi paladar se desarrollaba. El ajo, la pimienta y el orégano, habían penetrado en lo más hondo de las entrañas, otorgándoles un sabor que me remitía a la mano por demás experta de mi madre en la cocina. Lástima que ella no quisiera disfrutar conmigo. ¡Cómo lo hacíamos antes! En que no había invitados a comer! Oh, pero que felices que éramos! No es así mamá?!. Ah! Para que no me señalen como egoísta, es bueno que sepan que intenté convidarle, pero ella no quería, apenas le quitaba la mordaza para invitarla con un suculento bocado, su agradecimiento se convertía en un grito o en un escupitajo. Desagradecida. Sí, desagradecida, es la palabra justa para catalogar su paupérrima actitud, ante mi muestra de gratitud hacia ella.

Los días fueron pasando, y el cuerpo del viejo, se fue extinguiendo a través de mi apetito persistente. Y mi madre seguía sin querer probar bocado. Ya no le quedaban lágrimas por expulsar. Su aspecto no era de lo mejor. ¡Ay mamita querida! Que si no hubiera encontrado tan apetitosa la carne humana, ni en el complejo de Edipo más exacerbado, la idea de tener tu corazón y tus senos en mis fauces, se hubiera hecho realidad.

Para poder hacerlo, le quite la mordaza. Las fofas adjetivaciones comenzaron a salir de sus resecos labios, y un fuego abrasador se encendió desde la punta de mis pies, hasta el rebelde remolino de mi rubio cabellera. Cuando ninguno de los dos daba para más, sujetando el mango con ambas manos, dejé caer con suma violencia la pesada masa sobre su cabeza. La resistencia de su cráneo, al instante doblegada, me produjo escalofríos, que se tradujeron en orinarme encima. De su boca y oídos, la sangre en finos hilos se chorreaba. Quise cerrarle los párpados, pero no pude, la presión ejercida en su cabeza, había hecho que sus ojos afloraran más de lo habitual de sus sanguinolentas cuencas oculares. Y con mayor velocidad, puesto que ya tenía cierta experiencia, trocé por completo el cuerpo de mamá.

Con el transcurso de los días, denoté que había partes del cuerpo de mamá, como los brazos, que sabían mejor que los del viejo, aunque, por ejemplo, la cabeza del verdulero, era más sabrosa que la de mi madre.

A partir de allí, mi adicción a la carne humana fue total. Ya era todo un antropófago. Mis posteriores víctimas (más de cuarenta), fueron en su gran mayoría: mendigos, prostitutas, o borrachos, que llevaba a casa mediante diversas estrategias, según lo requiriese la situación. Siendo suficiente para que en dos meses, el amplio patio de casa, se convirtiera en un pequeño cementerio, donde cuantiosas osamentas (cubiertas de cal) convivían en una gran fosa común que cuidadosamente había preparado para la ocasión.

De mi madre, los vecinos sólo supieron que se había ido unos meses a la casa de una prima que vivía en España, mientras que la desaparición del verdulero, sencillamente pasó inadvertida, ya que como mamá decía, su única familia éramos nosotros, por lo que no hubo nadie, ni siquiera un amigo, que reclamara por el paradero del viejo.

Luego de dos meses de continuas comilonas, me cansé. Me harté. La rutina, nuevamente estaba haciendo de las suyas. Estaba volviendo a lo de antes. Los engranajes de la maquinaria, parecían haber sido enaceitados nuevamente, y antes de que su incipiente marchar se hiciera concreto, decidí entregarme.

Al principio en la comisaría del barrio no me creyeron. Me tomaron por loco. Pero más locos estaban ellos por no creerme ¡¿O no?!. En fin, después, cuando detallé minuciosamente algunas desapariciones que se apilaban en sus intocables archivos, todo cambió. Por lo que supe luego, cuando ya me habían trasladado a uno de los calabozos de otra comisaría, fue que hubo un gran revuelo, que no sólo traspasó los límites del barrio, sino que se hizo mundialmente conocido. Hasta vinieron de la BBC de Londres para entrevistarme, alegando en sus informes que yo era como una nueva versión de Fritz

Haarman, “el carnicero de Hanover” (uno de los antropógafos más célebres del siglo XX), o de Henry Heep, que asesinó a su madre, para luego guisarla y comerla, arguyendo que ella era un vampiro diabólico que poseía dos corazones que latían simultáneamente.

Tras una serie de estudios psicológicos, me trasladaron a una clínica neuropsiquiátrica, fuera de la ciudad, que de acuerdo a los comentarios de los magistrados era para enfermos mentales de suma peligrosidad. ¡Y sí!. Qué quieren que les diga. Me reí de buena gana al oír aquello. Mi gusto por la carne humana puede llegar a tomarse como una total deficiencia, sobre todo en un hombre occidental, y que forma parte de una supuesta sociedad civilizada. Yo más bien, lo veía como el gusto, el deseo, por un plato más; como antes me pasó por ejemplo, cuando descubrí el salmón ahumado, o la sopa Borsch, que por semanas, fuera de casa, deglutí asiduamente, sin tener el menor signo de asqueo.

Es de destacar, que la clínica no me cae del todo mal. Los demás internos no molestan, pese a que hay de todas las índoles. Ya me acostumbre a los escandalosos e irritantes gritos que se escuchan constantemente por todos los pasillos (sobre todo por la noche). A lo único que aún no logro acostumbrarme es a la comida. Por demás reducida y desabrida. Y que para peor, las gordas ratas pardas, con las que solía amedrentar mi terca hambruna, últimamente brillan por su ausencia.

Y bien, como diría Porky (apodo archi usado para conmigo) esto es to to todo amigos. Por lo que pareciéndome el momento más propicio, debo agradecer nuevamente al bueno de Osvaldo ¿Recuerdan? Mi enfermero. Que si no fuera por él, y por su máquina de escribir, esta pequeña confesión de manera escrita, no tendría otra forma de llegarles, ya que hace tres días, en que mi abominable hambre, y la nostalgia de mis papilas gustativas por la carne humana, me han llevado a engullir mis propias manos.

YERBI